

FRANCISCO COBO ROMERO

¿FASCISMO O DEMOCRACIA?
CAMPESINADO Y POLÍTICA EN LA CRISIS DEL
LIBERALISMO EUROPEO, 1870-1939

GRANADA
2012

© FRANCISCO COBO ROMERO.
© UNIVERSIDAD DE GRANADA.
¿FASCISMO O DEMOCRACIA?
CAMPEINADO Y POLÍTICA EN LA CRISIS DEL
LIBERALISMO EUROPEO, 1870-1939.
ISBN: 978-84-338-5409-4. Depósito legal: GR-1816-2012.
Edita: Editorial Universidad de Granada, Campus
Universitario de Cartuja. Granada.
Preimpresión: Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S.L. Granada.
Portada: José María Medina Alvea.
Imprime: Gráficas La Madraza. Albolote. Granada.
Printed in Spain *Impreso en España*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Teresa y Julia:
siempre en mi corazón*

AGRADECIMIENTOS

El presente libro es el resultado de varios años de estudio y reflexión en torno a la siempre compleja y permanentemente sugestiva cuestión de la politización del campesinado europeo en la era de la política de masas. El empleo del método comparativo como instrumento vertebrador de los procedimientos metodológicos desplegados en la obra, y la inmersión en el pormenorizado rastreo de los trazos descritos por la evolución política y socio-económica experimentada por cuatro destacados países de la Europa Occidental durante el periodo 1870-1939, han complicado extremadamente tanto la confección del cuadro general de los propósitos analíticos como el planteamiento de las principales hipótesis de partida. Asimismo, el manejo de una gran cantidad de variables ha acrecentado las dificultades que con frecuencia acompañan al siempre extenuante ejercicio de la extracción de conclusiones aclaratorias. Por todo ello, el proceso de detección de las similitudes o puntos de encuentro entre las trayectorias diferenciadas seguidas por los países analizados, hasta establecer pautas interpretativas y probatorias que corroboren la indiscutible importancia alcanzada por el campesinado en la resolución de la larga crisis padecida por el liberalismo europeo, se ha visto paulatinamente complicado a medida que avanzaba la redacción del trabajo. En un periodo de tiempo tan prolongado como el empleado en la finalización del presente estudio he tenido la oportunidad de contrastar mis convicciones y confrontar mis posicionamientos teóricos mediante el sano y enriquecedor ejercicio de la polémica, el diálogo interdisciplinar y el intercambio intelectual efectuado con diversos especialistas. Asimismo, en el largo recorrido que separa los comienzos del proyecto de su esperanzador término, culminado mediante su publicación, he tenido la satisfactoria oportunidad de someter sus resultados parciales al implacable escrutinio de todos aquellos colegas de la profesión que me manifestaron sus impresiones, en el transcurso de distintos foros académicos o en el marco de encuentros disciplinares particularmente fructíferos o estimulantes. Todo comenzó con la realización de cuatro estancias de investigación, verificadas alternadamente en la Universidad de Londres y en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París entre los años 1996 y 2006. Lo que inicialmente se con-

figuró como un proyecto de investigación, orientado hacia la impartición de cursos de doctorado o de máster centrados en los orígenes sociales de los diferentes regímenes políticos ensayados en la Europa de entreguerras, poco a poco se fue transformando en una voluntad, crecientemente afirmada, que se encaminó a dilucidar la indiscutible importancia alcanzada por el campesinado europeo en la conformación de las diferenciadas alianzas políticas y electorales que, durante las dos decisivas décadas posteriores a la finalización de la Gran Guerra, o bien dieron lugar a la emergencia del fascismo, o bien coadyuvaron a reforzar la precaria estabilización del parlamentarismo liberal.

El resultado final de las inquietudes intelectuales que me empujaron a la escritura del libro que el lector tiene ahora en sus manos no habría sido el mismo de no haber contado su autor con innumerables apoyos, o con el indispensable acicate transmitido a través de las críticas y sugerencias recibidas de un buen número de entrañables colegas de la profesión, de especialistas y de colaboradores. Las jornadas de trabajo y reflexión compartidas con Enzo Traverso, Édouard Lynch, Mary Nash, Antonio Herrera, Helen Graham, Miguel Cabo, Teresa María Ortega, Ismael Saz, Eduardo González Calleja, Manuel González de Molina, Peter Anderson, Heinz-Gerhard Haupt, Stephen A. Smith, Alejandro Quiroga, Alan Knight, Marta Petruszewicz, Teresa Carnero, Paul Preston, Sebastian Balfour, Francisco Romero Salvadó, Angel Smith, Salvador Cruz Artacho, Romain Bonnet, Ricardo Robledo, Aurora Bosch, Francisco Acosta, Miguel Ángel del Arco, Diego Caro o Ana Aguado, contribuyeron poderosamente a perfilar mis argumentos, dotándolos de una capacidad explicativa aún mayor que la que pudiesen contener antes de ser sometidos a un fértil y riguroso intercambio de pareceres. Asimismo, los debates y las públicas discusiones a que fueron expuestas muchas de mis argumentaciones en el seno de seminarios, congresos o foros académicos como los llevados a efecto en la London School of Economics and Political Science, el Humanities Research Institute de la Universidad de Leeds o el Department of History and Civilization del European University Institute de Florencia, por citar tan sólo los más destacados, contribuyeron muy poderosamente al enriquecimiento y el refuerzo de las principales hipótesis mantenidas en el presente estudio.

Nada de lo sostenido en este libro habría sido posible sin el incesante entusiasmo y el constante apremio a su redacción provenientes de mi mujer, Teresa, con quien siempre estaré permanentemente en deuda por su incansable aliento, además de por su infinito amor. Por su parte Julia, mi hija, con su imborrable y cristalina sonrisa, hizo más llevaderos los desvelos y sacrificios que precisé para culminar su escritura. A todos ellos les ofrezco esta obra, advirtiéndoles que sus carencias o errores son de mi exclusiva responsabilidad.

Granada, febrero de 2012

INTRODUCCIÓN

A lo largo de las siguientes páginas trataremos de demostrar la importancia crucial desempeñada por el campesinado familiar y su creciente protagonismo político en la formalización de las diferentes alianzas parlamentarias, sociales y electorales que se conformaron en los países europeo-occidentales estudiados durante el largo periodo que discurrió entre 1870 y 1939. También intentaremos poner de manifiesto cómo la progresiva y diferenciada incorporación del campesinado europeo a las disputas políticas desplegadas en el ámbito de sus respectivos Estados adquirió nuevas tonalidades e inusitados perfiles tras la conclusión de la Gran Guerra. El nuevo escenario de las confrontaciones políticas y electorales que se abrió paso en casi toda Europa tras la conclusión del enfrentamiento bélico de 1914-1918 otorgó nuevamente al campesinado, y al ámbito de los intereses agrarios en general, un renovado protagonismo. Las agrias controversias sostenidas entre los representantes de la industria y la agricultura para hacer prevalecer sus particulares concepciones en torno a la organización global de las economías nacionales y su necesaria reestructuración tras el conflicto militar confluyeron, casi siempre de manera contradictoria, con la gestación de vastas corrientes de radicalismo y populismo campesino, que reclamaban una profunda reordenación de las políticas agrarias para poner fin a las sucesivas crisis posbélicas o exigían de los gobiernos la adopción de contundentes medidas para contener el avance de las izquierdas y el comunismo. La conversión del campesinado en un factor político de primera magnitud en la Europa de entreguerras influyó sobremedida en la formalización de diferentes alianzas políticas o coaliciones electorales que trataban de integrarlo en su seno. Un buen número de esas mismas alianzas y coaliciones contribuyeron a erigir al campesinado en un actor determinante, sobre todo a la hora de llevar adelante sus particulares estrategias de preservación o profunda remodelación del desgastado sistema del parlamentarismo liberal. Así pues, las inclinaciones del campesinado hacia el respaldo prestado a las formaciones políticas del campo liberal comprometidas con la defensa del parlamentarismo, o sus aproximaciones en la dirección del otorgamiento de su confianza a aquellas otras culturas políticas o coaliciones partidistas de signo autoritario, corporativista o fas-

cista que abogaban por la radical sustitución de la democracia, resultaron determinantes en la adopción de las distintas soluciones con las que se trató de saldar la aguda crisis padecida por los Estados liberal-parlamentarios de la Europa occidental del periodo 1919-1939.

La historia del ascendente protagonismo campesino en la vida política de los grandes Estados liberales de la Europa occidental comenzó varias décadas atrás, cuando la estrategias adoptadas por las agriculturas europeas para conjurar los efectos deflacionarios de la llamada crisis agraria finisecular derivaron en un intenso proceso de reorganización y modernización de la agricultura que se saldaría con el éxito y el afianzamiento numérico del campesinado de pequeños propietarios o arrendatarios agrícolas. La importancia cuantitativa y cualitativa del campesinado familiar europeo en las décadas previas al estallido de la Gran Guerra y su progresiva sensibilización en torno a las disputas electorales y partidistas de ámbito estatal acabarían encumbrándolo políticamente, poniéndose así de manifiesto su determinante protagonismo en la adopción de las diferentes estrategias parlamentarias encaminadas al afianzamiento del liberalismo.

En la totalidad de los países abordados en el presente estudio —Alemania, Francia, Italia y España—, todos ellos ubicados en los contornos geográficos de la Europa atlántica y mediterránea, las transformaciones experimentadas por los procesos del trabajo agrícola y las tradicionales formas de cultivo que se pusieron en marcha para superar los efectos deflacionarios de la crisis agraria de fines del siglo XIX, propiciaron un sostenido crecimiento de la renta agraria. Esto último se debió tanto al considerable incremento registrado por la productividad del factor tierra —logrado mediante el aporte de sustanciales cantidades de fertilizantes químicos a las superficies cultivadas y la incorporación de especialidades de cultivo y sistemas de rotación altamente rentables—, como a la notable elevación de la productividad del trabajo agrícola —conseguida gracias a la especialización ganadera y la introducción de sencillos ingenios mecánicos cada vez más necesarios en la realización de numerosas labores consideradas imprescindibles para el sostenimiento de las modestas economías campesinas—. En numerosas regiones agrícolas de Bélgica, Holanda, Dinamarca, Alemania, Italia o Francia, las salidas a la crisis agropecuaria consistieron sobre todo en la especialización agro-ganadera, la adopción de rotaciones de cultivo asociadas a la producción de pastos y forrajes con los que alimentar a una cabaña bovina y porcina en aumento, y la producción de carne, leche y derivados lácteos destinada al abastecimiento de unos mercados urbanos en constante expansión. El éxito alcanzado por las referidas soluciones fue posible gracias al afianzamiento de una estructura social rural predominantemente compuesta por modestos campesinos y granjeros agrícolas que, a medida que se acentuaban los fenómenos de integración entre agricultura e industria, fueron adquiriendo comportamientos económicos de signo rentabilista y mer-

cantilista, orientados a la obtención del mayor beneficio posible mediante la comercialización de sus excedentes productivos. Este grupo social de modestos propietarios o arrendatarios agrícolas se sintió cada vez más afectado por las políticas gubernamentales en torno a la determinación de las tarifas arancelarias, la fijación de los impuestos que gravaban la propiedad de la tierra y la herencia patrimonial, el establecimiento de los precios agrícolas o la suscripción de pactos comerciales en el extranjero. En consecuencia, el campesinado familiar de numerosos países europeos reforzó su ya pretérita vocación política, sintiéndose progresivamente inclinado a respaldar la constitución de aquellas alianzas partidistas y parlamentarias más inequívocamente comprometidas con las políticas agrarias que mejor se ajustaban a sus intereses.

El campesinado familiar europeo se convirtió irrefutablemente en un protagonista político decisivo en los Estados liberal-parlamentarios de las postrimerías del siglo XIX y los comienzos del siglo XX, un periodo en el que la mayor parte de las grandes naciones europeo-occidentales introdujeron sustanciales modificaciones en las leyes que regulaban la concesión del derecho al voto y el ejercicio del sufragio. Casi todas estas modificaciones confluyeron hacia una perceptible suavización de las restricciones en materia electoral que todavía prevalecían en la mayor parte de sus reglamentaciones, acelerando el reconocimiento del derecho al sufragio otorgado a la práctica totalidad de la población masculina (a excepción del Reino Unido, Holanda y Suecia)¹. En suma, pues, la indiscutible inmersión del campesinado familiar en la política nacional, el carácter cada vez más determinante de sus inclinaciones electorales sobre la conformación de las coaliciones parlamentarias sostenedoras de los Estados liberales, y la multiplicidad de alianzas que sostuvo con un amplio y heterogéneo espectro de grupos sociales hacen pensar que muy pronto pasó a convertirse en un actor político crucial².

1. PÉREZ LEDESMA, M. (2000): «La conquista de la ciudadanía política: el continente europeo», en M. Pérez Ledesma (comp.), *Ciudadanía y Democracia*, Madrid, Siglo XXI, pp. 115-147, vid. especialmente las pp. 135 y siguientes.

2. Una obra pionera en el análisis del comportamiento político y electoral del campesinado europeo se debe a URWIN, D. W. (1980): *From Ploughshare to Ballot Box. The Politics of Agrarian Defence in Europe*, Oslo, Bergen, Universitetsforlaget, 1980. Véase también ACTES DU COLLOQUE INTERNATIONAL (2000): *La politisation des campagnes au XIXe siècle: France, Italie, Espagne, Portugal*, Roma, École Française de Rome. La importancia del campesinado intermedio en las disputas políticas surgidas en la Francia del periodo de entreguerras, y en la resolución de las múltiples crisis que pusieron en peligro la continuidad del sistema parlamentario, puede rastrearse en las siguientes obras: BOSWELL, L. (1998): *Rural communism in France, 1920-1939*, Ithaca, Cornell University Press; LYNCH, É. (2002): *Moissons Rouges. Les Socialistes Français et la Société Paysanne durant l'entre-deux-guerres (1918-1940)*, Villeneuve d'Ascq, Presses Universitaires du Septentrion; y PAXTON, R. O. (1996): *Le temps des chemises vertes. Révoltes paysannes et fascisme rural 1919-1939*, París, Seuil, 1996.

El estallido de la Gran Guerra convirtió en acuciantes las necesidades sentidas por los Estados beligerantes en todo lo referido a la férrea regulación del sistema productivo, suscitándose la adopción por parte de aquéllos de numerosas medidas de intervención sobre el funcionamiento global de la economía nacional y el papel que en el seno de la misma debía cumplir la producción agraria. Muchas de las mencionadas medidas se referían a la imposición de severos controles sobre los mercados de productos agrícolas. Las más perniciosas, desde el punto de vista del mantenimiento o la rentabilidad de las economías campesinas, contemplaban el recrudecimiento de las exacciones tributarias, el establecimiento de cupos sobre la producción, o el reiterado recurso a las requisas para lograr la satisfacción, a bajos precios, de las necesidades alimentarias de la población urbana. Una vez finalizado el conflicto, las convulsiones monetarias de la posguerra, y las medidas de normalización económica impuestas por los gobiernos, volvieron a perjudicar agudamente las economías de la mayor parte del campesinado familiar europeo-occidental. A lo largo de la década de los veinte se sucedieron varios periodos inflacionarios, que se tradujeron en el encarecimiento de los «inputs» e insumos requeridos por las explotaciones campesinas, o en la elevación desmesurada de los precios de los productos industriales, hasta situar sus índices en posiciones destacadamente elevadas con respecto a las alcanzadas por los índices de precios de los productos agrícolas. Sin embargo, la imparable tendencia hacia el desencadenamiento de una profunda crisis agraria deflacionaria de dimensiones internacionales³, que acabaría afectando desde mediados de la década de los veinte a la mayor parte de las agriculturas europeo-occidentales, provocó que colectivos cada vez más numerosos del campesinado familiar, situados al frente de modestas explotaciones volcadas al mercado, exigieran de sus respectivos Estados la adopción de urgentes medidas fiscales, monetarias o comerciales. Con ellas aspiraban al levantamiento de las deudas hipotecarias, la protección arancelaria de la producción agrícola nacional, la supresión de las restricciones impuestas a la exportación, la reducción de las cargas impositivas que gravaban la propiedad rústica, la disminución de los costos salariales y la contención de los precios de los productos industriales de los que se abastecían para la adecuada gestión de sus fundos. La creciente desazón provocada entre un campesinado crecientemente desprotegido, castigado o perjudicado por las estrategias empleadas por el Estado o por los partidos políticos en defensa de los intereses las clases medias y populares de la ciudad, acabó convirtiéndose en un poso de profundo resentimiento, difundido entre amplias capas de pequeños o medianos propietarios y arrendatarios rústicos

3. MADSEN, J. B. (2001): «Agricultural Crises and International Transmission of the Great Depression», en *The Journal of Economic History*, 61, 2, pp. 327-365.

que ocupaban importantes regiones agrícolas de la Europa occidental. En definitiva, el campesinado intermedio europeo del periodo posterior a la Gran Guerra diversificó aún más sus opciones electorales, contribuyendo así a la consolidación o al fracaso de las diferentes coaliciones interclasistas que se gestaron a lo largo de las décadas de los veinte y los treinta. El indiscutible protagonismo ejercido por el campesinado en el sostén o el abandono de las distintas alianzas políticas y parlamentarias que se constituyeron en aquel decisivo periodo, en función del grado de compromiso adoptado por cada una de ellas en relación con la defensa de sus particulares intereses, contribuyó poderosamente a su conversión en un actor político insoslayable⁴.

Como trataremos de probar a continuación, el análisis comparado nos será de enorme utilidad a la hora de extraer algunas conclusiones, referidas, casi todas ellas, a la importancia capital que adquirieron los segmentos del campesinado intermedio de algunos países de Europa occidental en la gestación de las diferentes resoluciones adoptadas, durante el periodo de entreguerras, para hacer frente a las múltiples amenazas sufridas por el parlamentarismo liberal. Asimismo emplearemos un paradigma interpretativo relativamente novedoso, que tratará de señalar las relaciones causa/efecto existentes entre el grado de aproximación o alejamiento manifestado por los partidos del campo liberal, la socialdemocracia o el comunismo hacia la incorporación de las demandas del campesinado en sus respectivas agendas políticas, y las tendencias mostradas por este último y decisivo segmento social rural o bien hacia el respaldo al parlamentarismo, o bien hacia el consentimiento o la adhesión prestados a las propuestas autoritarias, corporativistas o fascistas que se hallaban más decididamente dispuestas a favorecer los intereses de la agricultura, en el seno de un nuevo y utópico orden político de carácter ultranacionalista, antiliberal y antiparlamentario.

En términos generales, podría afirmarse que los sucesivos deslizamientos políticos y electorales manifestados por el campesinado intermedio durante el decisivo periodo de entreguerras —o bien hacia el centro burgués y parlamentario, o por el contrario, hacia las formaciones políticas de carácter crecientemente antiparlamentario y antiliberal que proliferaron por aquel entonces en casi toda Europa— resultaron altamente influyentes en la resolución, en uno u otro sentido, de la crisis generalizada padecida por el parlamentarismo y la democracia. Allí donde la mayor parte del campesinado familiar logró formar parte de una sólida alianza política con los partidos del centro liberal-burgués, resultó menos dificultosa la preservación del amenazado

4. Véase al respecto: LUEBBERT, G. M. (1991), *Liberalism, Fascism or Social Democracy: Social Classes and the Political Origins of Regimes in Interwar Europe*, Oxford, Oxford University Press pp. 277-285.

edificio de la democracia liberal, sobre todo si aquella alianza contó con el aval de una socialdemocracia comprometida con los intereses campesinos y con la defensa del parlamentarismo. Esto último pudo ocurrir, como pone de manifiesto el ejemplo de la Francia de la III República, o bien porque el campesinado intermedio se sintió recompensado por los partidos del centro burgués mediante la promulgación de medidas políticas que favorecían sus intereses y regulaban los mercados en su beneficio, o bien porque aquel decisivo segmento de la población rural (el campesinado familiar) en ningún momento se sintió amenazado por una izquierda —socialista y/o comunista— excesivamente vinculada a la defensa de los jornaleros agrícolas, o a la promoción de programas revolucionarios orientados hacia la colectivización de la tierra y la desaparición de la pequeña explotación agraria.

Parece probado que la estructura social rural de la Francia de la III República fue evolucionando, a medida que progresaba la modernización agraria y el sector agrícola se insertaba cada vez más en los circuitos mercantiles capitalistas, hacia una relativa proletarianización de aquellos micropropietarios cuyas reducidas explotaciones resultaron ineficaces para hacer frente a los efectos de la crisis agraria y la superior competitividad de las grandes y medianas haciendas rústicas. No obstante, es necesario aclarar que la modernización y capitalización experimentada por la agricultura francesa durante las décadas finales del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX se saldó con el triunfo indiscutible de la modesta explotación familiar, es decir, aquella cuya superficie se hallaba comprendida entre las 5 y las 20 hectáreas y era cultivada generalmente de manera intensiva por los miembros de la unidad familiar campesina —pese a recurrir ocasionalmente a la contratación de mano de obra asalariada—. La figura preponderante del campesinado francés del primer tercio del siglo XX fue, sin lugar a dudas, el modesto granjero que, al igual que aconteciese con la mayoría del campesinado alemán de la época, asumía comportamientos económicos equiparables a los de un pequeño empresario agrícola. En medio de este contexto social predominantemente campesino, las tesis sostenidas por los socialistas y los comunistas franceses durante el agitado escenario político del periodo de entreguerras en torno a la expansión del capitalismo en la agricultura, y la profundización de las relaciones capitalistas de producción en el campo, se esforzaban en justificar, e incluso legitimar, la continuidad del campesinado propietario —o cultivador directo—, dada su importancia numérica y su elevada significación simbólica en los discursos predominantes del agrarismo. Así pues, las organizaciones sindicales estrictamente campesinas de inspiración izquierdista —socialista o comunista— que surgieron en Francia durante los años veinte y treinta trataron de agrupar tanto a los jornaleros agrícolas como a los pequeños propietarios, arrendatarios o aparceros, entendiendo que todos ellos compartían intereses comunes frente al egoísmo de los poderosos

terratenientes capitalistas o la iniquidad de los grandes banqueros, prestamistas o intermediarios que saqueaban sus recursos. Prevalció pues entre la mayor parte de la izquierda francesa, pese a la proliferación de intensos conflictos huelguísticos agrarios durante tres oleadas decisivas —1904-1908, 1919-1920 y 1936-1937—, una concepción unitarista del campesinado que evitó, sin lugar a dudas, una fractura aún mayor entre los estratos rurales de los pequeños propietarios agrícolas —o cultivadores directos— y la masa de los jornaleros. Los años veinte y treinta fueron decisivos para la definitiva conformación del comportamiento político del campesinado francés. La suscitación de constantes debates políticos entre los grupos representativos de los diferentes intereses económicos nacionales incentivó aún más la preocupación de los campesinos por su participación en los asuntos políticos, electorales y parlamentarios. Esto último se vio agudizado cuando los efectos de la crisis agraria de fines de la década de los veinte y comienzos de los treinta golpearon con fuerza a la agricultura francesa. Las agrias disputas en torno a si se debía seguir un modelo de acumulación capitalista basado en la potenciación de los sectores industriales más poderosos y competitivos, incluso sacrificando a la agricultura, o si por el contrario debía protegerse el sector agrícola a toda costa frente a las agriculturas más eficientes de otros países, dividieron ampliamente a la sociedad francesa. El campesinado volvió a ocupar un puesto decisivo en medio de este contexto, sobre todo cuando a partir de la década de los treinta la aguda deflación sufrida por los precios de los principales productos agrícolas volvió a colocarlo en una desesperada situación. Buena parte de los pequeños y medianos propietarios y arrendatarios rústicos experimentó una intensa atracción por las propuestas corporativistas y antiparlamentarias desplegadas tanto por el sindicalismo profesional de la burguesía agraria, como por las nuevas formaciones políticas del agrarismo ultranacionalista y fascitizado o las pujantes ligas fascistas situadas en su entorno más inmediato. Surgieron entonces algunas agrupaciones políticas y sindicales pro-campesinas claramente inclinadas hacia la adopción de posturas abiertamente corporativistas, antiparlamentarias y parafascistas, que pretendían transformar el Estado liberal en un instrumento burocratizado, centralizado y poderoso, instalado sobre una idílica exaltación de los valores rurales tradicionales y capacitado para defender adecuadamente los intereses de la agricultura nacional. Sin embargo, la formalización de una amplia alianza entre la burguesía industrial más progresista, los trabajadores urbanos organizados y una parte nada desdeñable del sindicalismo agrario católico y profesional, consentida a regañadientes por las clases propietarias y económicamente más privilegiadas, paralizó momentáneamente la rápida orientación hacia el corporativismo antidemocrático y antiparlamentario experimentada por algunas fracciones del campesinado desde los comienzos de la década de los treinta. Esta alianza, que se formalizó en torno al Frente

Popular y los gobiernos que se sucedieron en el poder entre 1936 y 1938, supo articular adecuadamente los intereses económicos de muy diversos grupos sociales, pero sobre todo, supo incorporar las peticiones más importantes provenientes del campesinado, consistentes en la protección del mercado interior, el aseguramiento de precios remuneradores para los principales productos agrícolas y la instauración de mecanismos de negociación y control para evitar la depreciación de los más destacados cultivos de la agricultura francesa. Gracias a todo ello, fue posible, al menos parcialmente, la contención de las aspiraciones corporativistas, teñidas de componentes fascistas, exhibidas por algunos sectores de la sociedad rural francesa durante el transcurso del decisivo periodo de entreguerras. En aquéllos países europeo-occidentales en los que concurrieron algunas de las circunstancias descritas quedó allanado el camino hacia el afianzamiento o la exitosa defensa del sistema político de representatividad parlamentaria.

En el extremo opuesto al paisaje político dibujado podemos entrever cómo allí donde no fue posible el entendimiento político entre las formaciones partidistas del centro liberal-burgués o la socialdemocracia, de un lado, y el pequeño campesinado asediado por las manifestaciones extremas de la crisis agraria, del otro, la hipotética inclinación manifestada por este último hacia el respaldo prestado a soluciones de tipo fascista o antiparlamentario pudo convertirse en determinante. Casi siempre que esto último acabó ocurriendo, el campesinado se sintió previamente seducido por las propuestas de profunda transformación liberal propagadas desde los discursos políticos del fascismo, el ultranacionalismo antiliberal, el autoritarismo o el corporativismo católico antiparlamentario, exaltadoras de la condición campesina y de un nuevo orden agrario y ruralista impregnado de profundas esencias tradicionalistas e idílicas. Allí donde el campesinado terminó inclinándose hacia la defensa del ultranacionalismo antiliberal, el corporativismo antiparlamentario o el fascismo, la atracción ejercida por los mencionados discursos entre sus componentes se vio casi siempre auspiciada y estimulada por la ineficacia mostrada por la socialdemocracia, o por los partidos del liberalismo clásico, a la hora de gestionar adecuadamente las políticas anti-crisis que aquel segmento de la población rural reclamaba con desesperada insistencia. Asimismo, casi siempre que el campesinado de pequeños propietarios o arrendatarios giró hacia el respaldo otorgado al fascismo o al corporativismo agrarista y antiparlamentario lo hizo como respuesta para conjurar la amenaza y el peligro que le inspiraban tanto el sesgo marcadamente pro-jornalero y/o revolucionario adoptado por la mayor parte de las organizaciones políticas de la izquierda comunista o socialdemócrata, como la manifiesta radicalización contenida en las declaraciones programáticas de esas mismas organizaciones en defensa de la colectivización de la propiedad de la tierra o la supresión de la pequeña explotación. Así pues, y en rotunda contradicción con aquel modelo de

asimilación responsable de las exigencias campesinas puesto en práctica por la izquierda marxista y la mayor parte del centro burgués de la Francia de la III República, aparecen ante nosotros algunas otras experiencias políticas diametralmente opuestas. En casi todas ellas quedó trágicamente escenificado el estrepitoso fracaso cosechado por los partidos del campo liberal o la socialdemocracia en sus intentos por orientar, reconducir o neutralizar el creciente radicalismo campesino, preservando la fidelidad al parlamentarismo entre el extenso conjunto de pequeños propietarios o arrendatarios. En tales casos, la ineptitud del liberalismo burgués o de la izquierda marxista a la hora de incorporar las demandas del campesinado a sus agendas políticas terminó allanando el camino para que este último se aprestase a ofrecer su respaldo a alguna de las opciones de signo populista, corporativista, antiliberal o declaradamente fascista que se comprometieron abiertamente con la defensa de sus exigencias⁵ (véase el cuadro adjunto).

Correlación bivariada entre presencia de propietarios agrícolas y voto a las diferentes opciones políticas. Alemania, Francia e Italia, 1921-1936.

Magnitudes comparadas	Francia (1936)					
	Comunistas	Socialistas	Comunistas/ Socialistas	Izquierda Moderada	Derecha Moderada	Extrema Derecha
Props. Agrícolas/Voto	+0,16	+0,21	+0,23	+0,23	-0,22	-0,24
Magnitudes comparadas	Alemania (Julio, 1932)					
	Comunistas (KPD)	Socialistas (SPD)	Comunistas/ Socialistas	Zentrum-(Z) (Católicos)	Derecha Nacionalista (DNVP)	Extrema Derecha (NSDAP)
Props. Agrícolas/Voto	-0,36	-0,37	-0,21	+0,11	-0,34	+0,34
Magnitudes comparadas	Italia (1921)					
	Comunistas	Socialistas	Comunistas/ Socialistas	Republicanos	Bloque Nacional	Fascistas
Props. Agrícolas / Voto (Regiones Norte)	+0,21	-0,24	-0,12	-0,24	-0,25	-0,19
Props. Agrícolas / Voto (Regiones Centro)	-0,09	-0,33	-0,31	+0,11	-0,03	+0,17
Props. Agrícolas / Voto (Regiones Sur)	-0,26	-0,39	-0,41	-0,28	+0,10	+0,37

FUENTE: W. BRUSTEIN y M. BERNTSON (1999). Props.: Propietarios. Elaboración propia.

Al inicio de la República de Weimar, una porción nada desdeñable del campesinado alemán estaba constituido por aquel tipo de modestos granjeros especializado en la producción agro-ganadera que, a medida que

5. Al respecto, LUEBBERT, G. M. (1991): *Liberalism, Fascism or Social Democracy*, op.cit., pp. 295-303.

se agudizaban los más perniciosos efectos de la crisis agraria y se profundizaba en el endeudamiento de sus explotaciones, se fue radicalizando en sus posturas políticas, hasta generar profundos sentimientos de rechazo hacia los partidos del liberalismo clásico y sus obsoletas e ineficaces estrategias de movilización política y electoral. Casi todo parece indicar que la mayor parte del campesinado protestante alemán —e incluso significativas porciones del campesinado católico— giró acentuadamente, a medida que avanzaba la década de los veinte y se agudizaban los efectos depresivos de la crisis agraria, hacia el sostenimiento de posturas rupturistas con respecto al sistema de partidos vigente en Alemania, proclamando abiertamente su desconfianza hacia el parlamentarismo y las formaciones políticas del liberalismo clásico que, con creciente escepticismo, lo sustentaban. Este radicalismo antielitista y populista expresado por aquellas fracciones del campesinado alemán más severamente castigadas por la crisis agraria de posguerra fue eficazmente aprovechado por los *nazis*, quienes desde 1930 en adelante fueron ganándose el apoyo mayoritario de los pequeños propietarios protestantes del norte, el oeste y el sur, articulando un detallado programa agrario con fuertes tonalidades autárquicas, proteccionistas y pro-campesinas. Si bien sería una arrogancia interpretativa imperdonable afirmar que el campesinado fue el único artífice de la instauración del fascismo en Alemania, no es menos cierto que su radical politización durante los años veinte y comienzos de los treinta, así como su rápida evolución hacia el sostenimiento de posiciones antidemocráticas, corporativistas y antiparlamentarias, posibilitaron en muy buena medida el triunfo final del nazismo a partir del año 1933.

El caso de Italia resulta muy significativo, sobre todo porque allí finalmente triunfó una alianza de carácter autoritario y antiparlamentario que acabó súbitamente con un sistema liberal maltrecho, el mismo que tras la derrota en la I Guerra Mundial se mostraba incapaz para poner freno a la creciente radicalización social y al descontento generalizado de la población. En el país transalpino la estructura social rural mostraba una mayor diversificación hacia los comienzos de la década de los veinte. Si para entonces había disminuido claramente el porcentaje significado por los jornaleros y los asalariados agrícolas, estos últimos continuaban constituyendo una porción muy relevante —situada en torno al 38,12 %— de la población activa agraria, preferentemente ubicada tanto en las comarcas de agricultura capitalista del norte como en aquellas otras con un claro predominio de la gran propiedad latifundista ubicadas en el Mezzogiorno. Las formas en que se produjo la modernización de la agricultura italiana fueron igualmente diversificadas y complejas. En las regiones industrializadas del norte emergió una agricultura intensiva en capital, volcada a la venta de sus excedentes en los mercados urbanos y especializada tanto en la producción agro-ganadera como en el cultivo de determinados productos estrechamente ligados al

florecimiento de una próspera industria agroalimentaria. Sin embargo, las regiones septentrionales de la Llanura Padana experimentaron un proceso de modernización agraria que concluyó con la ruina de numerosos colonos y pequeños propietarios o arrendatarios rústicos, así como con la permanencia de una abultada clase de jornaleros agrícolas desprovistos de cualquier posibilidad de acceso a la propiedad de la tierra. En torno a este último grupo social rural se gestaron poderosos instrumentos de reivindicación sindical, mayoritariamente respaldados por el Partido Socialista Italiano (PSI). Los conflictos rurales desencadenados en las haciendas capitalistas de la agricultura del norte se radicalizaron visiblemente tras la experiencia dramática de la Gran Guerra, pese a que la proporción de los asalariados agrícolas con respecto a los propietarios rústicos disminuyese a partir de entonces.

El perceptible incremento numérico de los pequeños propietarios y arrendatarios registrado durante los años de la guerra, como consecuencia de las propiciatorias circunstancias de acceso a la tierra alentadas por la elevación de los precios agrícolas y la congelación de las rentas, discurrió paralelamente al empeoramiento de las condiciones de vida de los asalariados agrícolas y al súbito fortalecimiento de las ligas agrarias socialistas. Las violentas oleadas huelguísticas que sacudieron las regiones del valle del Po durante el periodo 1919-1920 provocaron un malestar creciente entre el conjunto de los cultivadores y los propietarios de la tierra. Todo parece indicar, pues, que la enorme capacidad reivindicativa de los jornaleros de las regiones del norte, unida a la radicalización programática de la poderosa *Federterra* y su decidida apuesta por la colectivización de la propiedad agrícola, coadyuvó al desplazamiento político de los medianos propietarios, así como de una importante porción de los arrendatarios y aparceros, inclinándolos hacia la defensa de posturas ascendentemente anti-socialistas y anti-jornaleras⁶. En este caso, la formalización de una amplia alianza que englobaba a la mayor parte de la burguesía agraria del norte y del sur en estrecha connivencia con los estratos intermedios del campesinado más claramente opuestos a la combatividad de los jornaleros y a las propuestas de socialización de la propiedad agraria propaladas por los socialistas, posibilitó el rapidísimo despliegue de las ligas agrarias fascistas. Estas últimas se erigieron en el cortafuegos que pondría fin a la enorme capacidad movilizadora alcanzada por la *Federterra*, expulsando violentamente a los alcaldes y concejales socialistas instalados al frente de multitud de ayuntamientos rurales y declarando su firme voluntad

6. Véase: MARUCCO, D. (1974): «Note sulla *mezzadria* all'avvento del fascismo», en *Rivista di Storia Contemporanea*, 3, 3, pp. 377-388 y SNOWDEN, F. M. (1972): «On the Social Origins of Agrarian Fascism in Italy», *Archives Européennes de Sociologie*, 13, 2, pp. 268-295.

de instaurar un modelo estatal de inspiración claramente corporativista, antidemocrático y totalitario.

La España de la II República reúne características particulares, así como suficiente entidad explicativa, como para ser utilizada como laboratorio de análisis en la dilucidación de las complejas alianzas de clase que pudieron conducir hacia la puesta en práctica de una solución autoritaria, antiliberal y militarista que pusiese fin de manera abrupta a la acentuada crisis de dominación de las burguesías registrada durante el periodo de entreguerras. La expansión de cultivos como el olivar o los hortofrutícolas, estimulada por las estrategias de especialización agrícola implementadas para hacer frente a la crisis agraria finisecular, permitieron una más que adecuada adaptación de las unidades familiares campesinas a las nuevas formas de agricultura crecientemente comercializada e integrada en los mercados capitalistas. Tras la superación de la crisis agraria finisecular incluso creció el número de propietarios agrícolas a costa sobre todo del incremento registrado por los pequeños cultivadores. La íntima relación de este último fenómeno con aquel otro consistente en la profundización de las relaciones capitalistas de producción y explotación de la mano de obra en la agricultura, a lo largo del primer tercio del siglo XX, provocó el desencadenamiento de amplias oleadas huelguísticas y de conflictividad laboral en la mayor parte de las comarcas agrícolas del mediodía o el levante. Estas oleadas conflictivas fueron especialmente intensas durante el denominado *trienio bolchevista* de 1918-1920 y durante la etapa republicana de 1931-1936. A lo largo de ambos periodos se fracturó definitivamente la pretérita unidad interna del campesinado. Tal fractura se materializó definitivamente en el transcurso del régimen republicano. Así pues, la severa crisis de hegemonía padecida por la patronal rural de numerosas regiones agrícolas españolas durante el periodo de entreguerras se intensificó notablemente en el transcurso de la II República. Dos factores esenciales se conjugaron en la gestación de la mencionada crisis. En primer lugar, debemos tener en cuenta la enorme conflictividad rural registrada entre 1931 y 1933 en buena parte de aquellas comarcas agrícolas con una fuerte presencia de jornaleros y pequeños propietarios o arrendatarios. Dicha conflictividad estuvo en buena medida suscitada por de la fortaleza de los sindicatos jornaleros y por los efectos de una legislación laboral de signo reformista que había favorecido enormemente las posiciones negociadoras de estos últimos en el mercado laboral. En segundo lugar, debemos considerar la progresiva derechización experimentada por importantes segmentos del campesinado de pequeños propietarios y arrendatarios agrícolas, motivada por el rechazo manifestado ante la legislación laboral reformista del primer bienio y espoleada por el creciente temor expresado ante la radicalización de los socialistas y sus constantes manifestaciones a favor de la socialización de la agricultura. Las alianzas políticas y electorales materializadas desde el año

1933 en las comarcas con una mayor presencia de pequeños propietarios y arrendatarios crearon un amplio frente patronal, que agrupó a estos últimos bajo la hegemonía y el liderazgo ideológico de la burguesía rural de los medianos y grandes propietarios agrícolas. Tal frente patronal trató de reconstruir el viejo orden agrario, caciquil y oligárquico durante el denominado «*bienio negro*» de 1934-1936. Al no conseguirlo plenamente, tras las elecciones de febrero de 1936 una destacadísima porción de la gran patronal rural, respaldada por amplias fracciones del campesinado de pequeños propietarios y arrendatarios inmerso en un proceso de franca derechización, comenzó a considerar la posibilidad de una solución militar, corporativista y autoritaria a la crisis agraria y a la progresiva pérdida de control sobre las condiciones de contratación de la mano de obra jornalera que venía padeciendo desde, al menos, el año 1931.

CAPÍTULO PRIMERO

AGRICULTURA Y CAPITALISMO EN EUROPA, 1870-1939

Las transformaciones de la agricultura en Europa Occidental durante la segunda oleada industrializadora, 1870-1914

Como consecuencia del proceso expansivo iniciado por el capitalismo europeo e internacional durante la segunda mitad del siglo XIX, se registraron importantes modificaciones en la agricultura de los más destacados países de Europa Occidental. El resultado final de la prolongada trayectoria de adaptación de la agricultura europeo-occidental a los cambios que se estaban efectuando en la distribución espacial de la población, el incremento de los intercambios comerciales entre el campo y la ciudad o la intensificación de las corrientes de comercialización de productos alimenticios a escala planetaria, se plasmó en la profunda integración entre agricultura e industria, así como en la ascendente dependencia de las explotaciones agrícolas respecto a los insumos proveídos por el sector industrial. Pero observemos con más detalle las transformaciones experimentadas por la población rural europeo-occidental, los ritmos de crecimiento y adaptación del sector agrario o las estrategias adoptadas por las diferentes explotaciones agrícolas para hacer frente a los retos planteados por la creciente integración mundial de los mercados capitalistas de materias primas y alimentos iniciada en las décadas finales del siglo XIX.

La población rural de amplias zonas europeo-occidentales continuó registrando una evolución ascendente durante la primera etapa de la industrialización. Las pésimas condiciones de vida presentes en los núcleos urbanos incorporados a la vorágine de la expansión fabril, la elevada mortalidad infantil y la deficiente alimentación padecida por sus pobladores, permitieron el mantenimiento de tasas de mortalidad relativamente inferiores en el campo. Durante la primera mitad del siglo XIX, en términos globales continuó aumentando la población rural debido al sostenimiento de altas tasas de crecimiento vegetativo que de alguna forma mitigaban el efecto de las migraciones dirigidas hacia los nuevos centros industrializados. Puede afirmarse que, entre 1750 y 1850, la población rural del occidente europeo continuó creciendo. Sin embargo, a partir de la segunda mitad del ochocien-

tos, y muy especialmente en el transcurso del último tercio del siglo XIX, se invirtió la tendencia recién descrita. Con mayor o menor intensidad, en casi todos los países de Europa Occidental comenzó un proceso caracterizado por el constante decrecimiento de los efectivos demográficos dependientes de la agricultura. En los países escandinavos, Italia e Irlanda, las poderosas corrientes migratorias dirigidas hacia los países ultramarinos en franco proceso de expansión agrícola e industrial estuvieron impulsadas por el empeoramiento generalizado de las condiciones de vida en el medio rural ocasionado por la crisis agraria finisecular, así como por la marcada ausencia de alternativas de empleo en sectores productivos ajenos a la agricultura que fue particularmente padecida por un extenso colectivo de campesinos arruinados o de población jornalera excedentaria.

Sin embargo, las migraciones internas registradas en los más importantes países industriales de Europa Occidental actuaron como el fenómeno de mayor trascendencia en la reducción progresiva de la población rural y su pérdida relativa de importancia frente a la población urbana. A medida que avanzaba la segunda gran oleada industrializadora de la segunda mitad del siglo XIX y se operaban transformaciones decisivas en la organización de la producción capitalista, la absorción de mano de obra rural ejercida por los núcleos urbanos se constituyó en un fenómeno de amplias repercusiones. La instalación de nuevas factorías vinculadas a aquellas ramas de la producción que incorporaban las más inéditas y avanzadas tecnologías, así como la intensa diversificación productiva que experimentó el sector económico industrial, atrajo a la población campesina en una considerable proporción. La expansión y el crecimiento experimentados por el sector terciario ofrecieron asimismo múltiples posibilidades de empleo. La conjugación de tan favorables circunstancias motivó una sustancial mejora de los salarios medios pagados en la ciudad, cada vez más perceptiblemente alejados de los obtenidos por los trabajadores agrícolas en el campo. La mejora sustancial de las condiciones de vida en las ciudades industriales ejerció un irresistible atractivo sobre las nuevas generaciones de jóvenes procedentes del mundo rural. A esto último se unió la rápida ampliación de la red ferroviaria y de transportes, el abaratamiento en los desplazamientos y la posibilidad de alternar la dedicación a las labores agrícolas con algunas otras relacionadas con el sector industrial o de prestación de servicios.

La población agrícola de la mayor parte de Europa Occidental fue decreciendo de manera gradual, aún cuando muy pausadamente, con respecto a la población empleada en los sectores secundario y terciario durante las últimas décadas del siglo XIX y las iniciales del siglo XX. No obstante, tal fenómeno no impidió que existiesen acusadas diferencias en los ritmos de decrecimiento de la población rural entre los países industrializados del norte europeo y los más atrasados de la cuenca mediterránea. En términos globales la población

rural de los países y regiones de la Europa noroccidental —Francia, Bélgica, Reino Unido, Dinamarca, etc.— comenzó a decrecer a fines del siglo XIX o principios del XX, mientras que en la Europa meridional el inicio de tal decrecimiento hubo de aguardar hasta la primera o la segunda década del siglo XX. En 1870, la población agrícola de Europa Occidental era aproximadamente de 38 millones, ascendiendo ligeramente hasta los 41 millones en 1921, para descender hasta los 31 millones en 1950¹.

Población dedicada a la agricultura en algunos países europeos, 1850-1938. (En millones)

País	1850	1880	1910	1938
Países Bajos	0,49	0,62	0,68	0,66
Dinamarca	–	0,95	0,50	0,56
Portugal	–	1,10	1,10	1,30
Suecia	0,70	1,10	1,00	1,00
Bélgica	1,00	1,10	0,80	0,65
Reino Unido	2,00	1,60	1,50	1,40
España	4,50	4,90	4,40	4,10
Francia	9,10	8,60	7,70	6,00
Italia	–	9,40	10,50	10,6
Alemania	8,30	9,60	10,50	9,00
Austria-Hungría	14,10	15,20	15,50	–
Total	40,19	54,17	54,18	35,27

FUENTE: G. FEDERICO (2011).

La tendencia a la pérdida de posiciones del conjunto de la población rural con respecto a la urbana, tal y como ha sido descrita, guarda una íntima relación con las transformaciones que desde la década de los setenta del siglo XIX se estaban operando en el ámbito de la producción industrial. La depresión inaugurada en 1873, caracterizada por una fuerte tendencia deflacionista observada en las cotizaciones de mercado correspondientes a la mayor parte de los productos industriales, modificó las estrategias productivas de la mayor parte de las grandes ramas de la producción fabril. Se tendió hacia una nueva especialización productiva, incorporando tecnologías absolutamente novedosas y con una superior capacidad competitiva. Asimismo se llevó a cabo una amplia reestructuración en los procesos de trabajo, profundizando en una programación más racionalizada de las tareas y empleando a

1. GRIGG, D. (1992): *The Transformation of Agriculture in the West*, Oxford and Cambridge, Basil Blackwell.

una mano de obra mucho más cualificada. La concentración de las grandes firmas empresariales y la constitución de amplios cárteles, que trataban de controlar los mercados de cara al establecimiento de precios remuneradores que contrarrestasen los negativos efectos deflacionarios predominantes en esta etapa, condujeron hacia un relanzamiento de la producción industrial en determinados países que, gracias a la adopción exitosa de las innovaciones mencionadas, lograron situarse a la cabeza de la producción industrial internacional en sectores tan decisivos como el químico, el de la producción de fibras artificiales, el siderúrgico o el metal-mecánico.

A pesar de que la deflación y la deceleración experimentada por la producción industrial de los grandes países capitalistas fueron factores persistentes en las décadas finales del siglo XIX, en términos generales esta etapa puede caracterizarse como positiva, pues se logró una mayor integración de los mercados internacionales, se aceleró el proceso de especialización nacional y se produjeron importantes transformaciones en la agricultura. En los mercados agrícolas, la exitosa incorporación de numerosos países periféricos altamente competitivos se tradujo en un espectacular incremento de la oferta y en el mantenimiento de bajas cotizaciones para la mayor parte de los productos alimenticios de mayor consumo.

Expansión de la superficie agrícola cultivada, 1860-1930. (En millones de hectáreas)

Área geográfica	1860	1880	1910	1930
Estados Unidos	65,8	75,9	140,1	166,8
Rusia	49,2	102,6	114,3	109,4
Canadá	–	6,1	14,1	23,4
Argentina	–	0,4	19,3	24,2
Australia	0,4	1,6	4,4	10,1
Rusia y Posesiones Ultramarinas Europeas	115,4	186,6	292,2	333,9
Europa	140,0	–	147,0	150,0
TOTAL*	255,4	–	439,2	483,9

FUENTE: GRIGG (1992). *: Los totales se refieren exclusivamente a las superficies cultivadas en Rusia, Europa y las posesiones ultramarinas europeas.

Este fenómeno de reducción constante de las cotizaciones en el mercado internacional de buena parte de los productos agrícolas más intensamente comercializados estuvo ocasionada por una compleja amalgama de factores. Uno de ellos consistió en la puesta en cultivo, con una dedicación preferentemente cerealícola, de extensas praderas del medio-oeste americano. A esto último debe unirse el abaratamiento generalizado de los transportes marítimos, la considerable reducción de los fletes y las nuevas incorpora-

ciones tecnológicas que adaptaron el uso de cámaras de refrigeración en los barcos que transportaban carne o productos lácteos procedentes de países de ultramar —Nueva Zelanda, Australia, Argentina, etc.—. Los precios del trigo, la cebada o el centeno, así como los de otros productos como las grasas vegetales, comenzaron a experimentar un acusado declive en los mercados europeos desde las décadas de los setenta hasta aproximadamente los años finales de la década de los noventa del siglo XIX.

La situación se vio complicada aún más, ayudada por factores de índole monetaria. Durante el periodo sobre el que estamos centrando nuestra atención, se redujo considerablemente la producción mundial de oro, al tiempo que muchos países se orientaban hacia la adopción del patrón oro, provocando una considerable aceleración de la demanda de este preciado metal para la acuñación de moneda, y consiguientemente desencadenando un fenómeno alcista en la cotización internacional de las monedas sustentadas sobre el mencionado patrón cambiario. Por el contrario, Argentina o la India se mantuvieron adscritas a un sistema de pagos y de acuñación monetaria basado en la plata. Las divisas de tales países experimentaron una fuerte devaluación con respecto a las monedas instaladas en el patrón oro, acentuada por el hecho del hallazgo de nuevos filones argentíferos que provocaron un acusado descenso del precio de la plata. Las devaluadas monedas de los países mencionados, casi todos ellos especializados en la producción de alimentos y materias primas, les permitieron alcanzar un notable incremento en su capacidad exportadora frente a cuantos se mantenían adheridos al sistema de cambios regido por el patrón oro.

La caída generalizada de los precios de los más significativos productos agrícolas se registró con diferente intensidad en los países de Europa Occidental. La práctica totalidad de los mismos se vio afectada por un fenómeno tan extenso como el apuntado, siendo las respuestas de diferente naturaleza e intensidad. En Alemania, Reino Unido y probablemente los Países Bajos, los precios de los principales productos agrícolas decrecieron intensamente. Si bien es cierto que a lo largo del periodo descrito también conocieron reducciones considerables los precios de la mayor parte de los productos manufacturados, puede afirmarse que la agricultura de la Europa Occidental salió malparada de los bruscos fenómenos de reestructuración del mercado internacional registrados en el último tercio del siglo XIX.

A la súbita caída experimentada por los precios del trigo, el centeno, los productos cárnicos y lácteos o las grasas vegetales, debe añadirse la tendencia alcista experimentada por los salarios agrícolas. El intenso atractivo ejercido por las ciudades industriales en proceso de constante aumento, así como las nuevas oportunidades de empleo ofrecidas por una economía urbana cada vez más diversificada, generó la proliferación de intensas corrientes migratorias desde el campo a la ciudad, que de alguna manera provocaron la escasez de fuerza de trabajo disponible en el conjunto de las grandes explotaciones

agrarias. Tanto la reducción de las cotizaciones de mercado de los productos cosechados, como el incremento de los costes de producción de las explotaciones agrícolas capitalistas ocasionado por la elevación de los salarios pagados a la mano de obra jornalera, provocaron una acusada reducción de los ingresos medios percibidos por los propietarios y cultivadores.

Las respuestas a la crisis agraria y el avance de la agricultura capitalista

La caída de los precios agrícolas afectó seriamente al desarrollo posterior de la agricultura europeo-occidental, aún cuando no siempre de manera negativa. En numerosas y extensas regiones agrícolas del centro y la fachada noroccidental de Europa, una importantísima proporción de propietarios rurales, granjeros y modestos campesinos reaccionaron ante la caída de sus ingresos mediante la adopción de estrategias adaptativas —productivas o tecnológicas— de muy diversa naturaleza. Las modificaciones tendentes a reforzar la productividad del trabajo y la tierra en la agricultura se orientaron en diversas direcciones. Una de ellas consistió en la adopción de fertilizantes inorgánicos, proveídos por una industria química en expansión, así como en el suministro de nutrientes minerales que posibilitasen un ahorro del factor tierra. Con todo ello se logró incrementar ampliamente la productividad por unidad de superficie cultivada y hacer frente de manera más eficaz a la superior competitividad de los productos importados procedentes de las fértiles regiones agrícolas de ultramar.

Otra de las estrategias adoptadas por los propietarios rurales y los cultivadores de buena parte de la Europa occidental y atlántica, consistió en el empleo creciente de maquinaria agrícola, motivado por la elevación que experimentaron los salarios de los trabajadores rurales como consecuencia del fuerte atractivo que ejercían los empleos mejor remunerados de los centros industriales y la intensificación de los movimientos migratorios y el desplazamiento de población desde el campo a la ciudad. A pesar de que las grandes explotaciones agrarias, que empleaban sistemáticamente mano de obra ajena para la realización de las principales labores asociadas al cultivo y la preparación de la tierra, resultaban ser las más aptas para la incorporación de ingenios mecánicos, tales como trilladoras, cosechadoras, máquinas recolectoras, etc., parece igualmente probado que entre las granjas agrícolas y las explotaciones de medianas dimensiones —que podrían oscilar entre las 5 y las 20 hectáreas— el empleo de cierto tipo de maquinaria resultó igualmente remunerador y eficiente. Muchas de estas modestas explotaciones estaban regentadas por integrantes de un grupo social compuesto por pequeños o medianos propietarios agrícolas que recurrían ocasionalmente a la contratación de un reducido número de braceros —especialmente en las temporadas de siembra o recolección—, aún cuando mayoritariamente

hacían recaer sobre los componentes de su propia unidad familiar el peso de las labores requeridas por la explotación. La introducción de maquinaria sustitutiva de fuerza de trabajo en las explotaciones agrícolas de Europa Occidental no constituyó un fenómeno generalizado, a excepción quizá del Reino Unido, sino hasta la finalización de la Segunda Guerra Mundial. No obstante, desde las décadas de los ochenta y los noventa del siglo XIX, fueron introduciéndose de manera muy lenta algunos ingenios mecánicos empleados en las labores de siega de los cereales, y en menor medida en la siembra de semillas o la separación del grano².

Una tercera vía, empleada en la agricultura europeo-occidental para afrontar los negativos efectos de la crisis finisecular, fue la especialización en la producción ganadera, intensiva en mano de obra pero de igual forma muy escasamente dependiente del factor tierra. Algunos países de la fachada atlántica noroccidental europea, tales como Dinamarca, Noruega, Suecia o los Países Bajos, se especializaron desde muy pronto en esta variante de la producción agraria. Para ello, suplieron la falta de tierra cultivable mediante la puesta en explotación de granjas ganaderas intensivas en mano de obra, en las que la alimentación del ganado se efectuaba mediante la utilización generalizada de compuestos artificiales proveídos por una industria específicamente orientada a la elaboración de los mismos y que al mismo tiempo estaba conociendo un constante crecimiento. Varios fueron los factores propiciatorios que impulsaron el incremento de este tipo de explotaciones agrícolas en algunos países de la franja noroccidental atlántica. Entre todos ellos cabe mencionar la escasez de tierra cultivable, la existencia de una amplia red de comunicaciones fluviales y marítimas o la proximidad geográfica a países que, como Alemania o Francia, habían experimentado un amplio proceso de industrialización y urbanización y, consecuentemente, habían generado una extensa población demandante de productos lácteos y cárnicos de alta calidad y capacidad nutritiva³.

El aumento de la productividad de la tierra, obtenido a través de la introducción de nuevos y más eficientes sistemas de rotación de cultivos y del incremento de los insumos proveídos por la industria, se fue constituyendo a lo largo del siglo XIX —pero de manera muy especial en su último tercio— en otro de los recursos más empleados por algunas regiones agrícolas europeas para conjurar los negativos efectos de la crisis agropecuaria. Desde la generalización de los logros de la primera revolución agrícola, tales como el cierre de las heredades, la adopción de sistemas de rotación de cultivos

2. GRIGG, D. (1992): *The Transformation of Agriculture, op.cit.* .

3. KONING, N. (1994): *The Failure of Agrarian Capitalism. Agrarian politics in the United Kingdom, Germany, the Netherlands and the USA, 1846-1919*, London and New York, Routledge.

crecientemente complejos y la introducción de un modelo agro-ganadero más intensivo, fue posible una apreciable reducción de los barbechos que permitió un notable incremento de la productividad por unidad de superficie. Este último fue obtenido gracias a los nuevos sistemas de rotación que incluían hojas ocupadas en el cultivo y aprovechamiento de leguminosas o tubérculos que contribuían a la fijación del nitrógeno y otros nutrientes minerales, a la vez que servían para la alimentación de una cabaña ganadera en constante aumento. A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, y a partir de la década de los sesenta, el crecimiento de la industria química unido al proceso de concentración demográfica en núcleos urbanos de considerable envergadura y a la mejora sustancial de la dieta alimenticia de la población de las ciudades, se constituyeron en circunstancias que, debidamente conjugadas, hicieron posible el éxito de determinados cultivos tales como la remolacha azucarera. En algunas regiones del norte y el occidente de Alemania, el cultivo de la remolacha, ayudado por la introducción creciente de fertilizantes artificiales ricos en componentes químicos y minerales tales como el nitrógeno o el superfosfato, alcanzó un gran éxito, desplazando a los cultivos cerealícolas tradicionales y contribuyendo decisivamente a la disminución de las superficies barbechadas⁴.

A todas las modificaciones mencionadas hasta este momento y registradas en los procesos de trabajo y en las estrategias productivas adoptadas por los cultivadores, hemos de añadir el papel jugado por las políticas agrarias puestas en práctica por la mayor parte de los Estados europeos. Nuevamente a excepción del Reino Unido, cuya particular integración en el mercado financiero internacional y aguda especialización industrial le permitieron llevar a efecto una contumaz defensa del librecambismo, casi todos los países de Europa Occidental adoptaron desde la década de los ochenta del siglo XIX medidas proteccionistas para salvaguardar sus respectivas producciones agrícolas de los efectos deflacionarios registrados en los mercados internacionales de alimentos. Tan sólo Dinamarca y los Países Bajos escaparon levemente a la oleada proteccionista que se expandió por casi toda Europa. Su especialización ganadera, los altos rendimientos obtenidos en la elaboración y comercialización de productos cárnicos o lácteos, así como su estratégica posición geográfica, les permitieron suscribir tratados comerciales generosos sin tener que recurrir de forma abusiva a la elevación de las tarifas arancelarias impuestas sobre productos de similares características a los generados por ellos mismos.

Junto con el proteccionismo, las medidas legislativas orientadas a la intensificación del control ejercido por los ricos propietarios agrícolas sobre

4. PERKINS, J. A. (1981): «The Agricultural Revolution in Germany, 1850-1914», en *The Journal of European Economic History*, 10, 1, pp. 71-118.

la mano de obra jornalera, a fin de contener adecuadamente los efectos de la elevación experimentada por los salarios agrícolas en una etapa de importantes migraciones rurales hacia las ciudades industriales, se generalizaron de manera especial en Alemania. Se endurecieron las medidas represivas contra las huelgas y otros actos de protesta campesina, a la vez que se reforzaron los privilegios señoriales utilizados por los *Junkers* y los grandes propietarios de las comarcas agrícolas al este del Elba para someter al campesinado. En este último país, el Estado intervino de igual forma en la regulación de los desplazamientos de la mano de obra campesina, propiciando la constitución de colonias agrícolas para de esta forma asegurar el mantenimiento de la población rural y propiciar su entera disponibilidad por parte de las grandes haciendas rústicas en manos de la burguesía agraria. Igualmente importantes fueron los esfuerzos desplegados por las autoridades estatales de numerosos países europeos de cara a la formación y preparación técnica de los granjeros y cultivadores agrícolas para la adopción de nuevas modalidades de cultivo, la introducción y el adecuado manejo de maquinaria empleada en las labores de recolección y semillado, o el empleo de fertilizantes inorgánicos y abonos minerales⁵.

Los resultados derivados de las múltiples respuestas ofrecidas por la agricultura europeo-occidental a los efectos de la crisis agraria finisecular fueron muy diversos, y casi todos ellos repercutieron positivamente sobre la posterior evolución del sector agrícola. Trataremos de resumirlos a continuación.

En primer lugar es necesario hacer mención al incremento de la productividad de la tierra. Hacia fines del siglo XIX, y durante los primeros años del siglo XX, la mayor parte de los países europeos habían culminado el proceso de extensión de la superficie cultivable. El mayor empuje protagonizado por las ciudades y sus crecientes necesidades de suelo urbanizable, así como el elevado precio de la tierra o el destacado papel otorgado a los países periféricos y de ultramar en el abastecimiento de productos alimenticios a la población europea, motivó el estancamiento, en los comienzos del siglo XX, de la expansión de las superficies cultivadas, o con un destino agrícola, en la mayor parte de Europa Occidental. Para hacer frente, pues, a la demanda creciente de alimentos exigida por una población que no cesaba de aumentar, la agricultura europeo-occidental hubo de responder mediante la utilización de variados recursos posibilitadores del incremento de la productividad de la tierra. La especialización de la industria química y los suministros de productos fertilizantes a la agricultura contribuyeron de manera eficiente a la obtención de tal logro. En un buen número de regiones meridionales pertenecientes a países relativamente atrasados —España, Portugal, Grecia, Rumania, Hun-

5. KONING, N. (1994): *The Failure of Agrarian Capitalism, op.cit.* .

gría, etc.—, y con una especialización fundamentalmente cerealícola basada en el uso extensivo de la tierra, el uso de fertilizantes fue muy escaso hasta las primeras décadas del siglo XX. Sin embargo, en aquellos otros países que habían desarrollado una agricultura intensiva, o que debido a las mejores condiciones medioambientales y climatológicas reinantes habían llevado a efecto una mayor diversificación de cultivos y estrategias productivas, tales como Dinamarca, Reino Unido, Países Bajos, Alemania, Bélgica o Francia, el empleo de productos nitrogenados, superfosfatos o potasas estaba presente en multitud de explotaciones desde las décadas de los setenta y los ochenta del siglo XIX⁶. En las agriculturas de estos últimos países la introducción de cultivos industriales o la intensificación de las rotaciones basadas en la siembra de leguminosas y tubérculos permitieron, en parte gracias a la abundancia de precipitaciones o al comportamiento relativamente benigno de las temperaturas, una más que considerable reducción de los barbechos.

**Empleo de fertilizantes químicos en distintos países,
1910-1936. (Kilos por hectárea cultivada)**

Países	1910	1913	1936
Bélgica	47	65	172
Dinamarca	9	18	62
Francia	11	18	35
Alemania	29	47	64
Países Bajos	36	146	320
Reino Unido	9	26	44

FUENTE: BAIROCH (1989) y VAN ZANDEN (1991).

Junto con el incremento de la productividad de la tierra, otra de las grandes consecuencias de la transformación de la agricultura europeo-occidental en el tránsito entre los siglos XIX y XX fue el notable aumento obtenido en la productividad del trabajo agrícola, y el consiguiente incremento de los rendimientos por tiempo de trabajo empleado mediante la mecanización de algunos procesos productivos. La sustitución del caballo en las explotaciones agrícolas de la mayor parte de la Europa occidental y atlántica constituyó un fenómeno lento y relativamente tardío.

La aplicación de las innovaciones tecnológicas propias de la primera revolución industrial, y la generalización en el uso de máquinas de vapor adaptables a determinados ingenios mecánicos susceptibles de ser aplicados

6. KNIBBE, M. T. (2000): «Feed, Fertilizer, and Agricultural Productivity in the Netherlands, 1880-1930», en *Agricultural History*, 74, 1, pp. 39-57.

en la realización de algunas labores agrícolas, hizo posible la obtención de máquinas cosechadoras impulsadas con motores a vapor. Desde fines del siglo XVIII, las altas cotas de prosperidad y productividad logradas por la agricultura del Reino Unido habían hecho posible la mecanización de ciertas labores directamente relacionadas con la recolección de cereales y la obtención de granos. Durante la década de los ochenta del siglo XIX, y en ese mismo país, la mayor parte de las cosechas obtenidas en los campos dedicados a la producción cerealícola, eran trilladas mediante el empleo frecuente de máquinas impulsadas por motores a vapor. En Alemania, a partir del año 1907 las trilladoras mecánicas comenzaban a sustituir los métodos tradicionales que empleaban diferentes utillajes de tracción animal, sin embargo, para esta fecha solamente un tercio de las trilladoras mecánicas empleadas estaban asistidas con motores impulsados a vapor.

Las labores de arado y preparación de las sementeras también experimentaron una lenta aunque continuada mecanización. Desde la década de los cuarenta del siglo XIX, en el Reino Unido comenzaron a ponerse en práctica los primeros experimentos en la utilización de arados impulsados por motores a vapor, aún cuando durante casi toda la segunda mitad de la mencionada centuria tan sólo un uno por ciento de las tierras arables empleaban arados impulsados por ingenios mecánicos que incorporaban los mencionados motores.

Hasta el año 1892 no aparecería por primera vez en Europa una versión comercializable de tractor empleado en las granjas capitalistas de las llanuras del medio-oeste norteamericano. Muy poco después, experiencias similares se registraron en el Reino Unido, Francia y Alemania. El tractor dotado de un motor de explosión y alimentado por combustibles derivados del petróleo disponía de una mayor autonomía de movimientos que los ingenios mecánicos impulsados a vapor, a la vez que resultaba sobradamente más manejable. El despegue de la industria automovilística durante los últimos años del siglo XIX y los iniciales del XX, y muy especialmente de la firma Ford, posibilitó el perfeccionamiento de los primeros tractores empleados en la agricultura estadounidense. No obstante, poco antes de la I Guerra Mundial, tan sólo 1.000 de estos nuevos ingenios eran empleados en las labores de preparación de la tierra en todo el país.

La adaptación del tractor a la agricultura europea fue sumamente lenta. La primacía del caballo, el buey y la fuerza de trabajo humana se prolongó hasta las décadas inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial. A lo largo de este último periodo tuvo lugar la aparición de numerosas circunstancias propiciatorias que allanaron el camino hacia la implantación progresiva del tractor en la agricultura. Entre estas últimas cabe mencionar las fuertes corrientes migratorias desde el campo a la ciudad registradas entre la población de buena parte de los países europeo-occidentales, la

consiguiente contracción registrada entre los efectivos humanos empleados en la agricultura, la reducción del precio de los carburantes y el perfeccionamiento de la industria metal-mecánica. La confluencia de todos estos factores terminaría por acelerar la sustitución de la tracción animal por la mecánica en la mayor parte de las labores agrícolas del occidente europeo.

Por lo que respecta a la adopción de máquinas segadoras, hay que puntualizar que en Europa Occidental, y especialmente en los países que mayores logros obtuvieron en la industrialización y en la modernización de su agricultura, la sustitución de los medios tradicionalmente empleados en la siega de los cereales —basados en el empleo de la guadaña y la fuerza de trabajo humana— se verificó de forma lenta y tardía. En Francia y Alemania, todavía a comienzos del siglo XX la siega se continuaba realizando a brazo de forma abrumadoramente mayoritaria. La máquina segadora simple se extendió con dificultad en Estados Unidos desde la década de los treinta del siglo XIX. La constante disminución de población agrícola experimentada por la economía británica permitió que desde 1851 las primeras y más elementales máquinas segadoras comenzasen a utilizarse más generalizadamente en los cultivos cerealícolas. Sin embargo, fue necesaria la adaptación mecánica de las nuevas máquinas segadoras a las necesidades de las labores de recolección de cereales en Europa Occidental para permitir la extensión de su uso. A partir de 1880, la invención de máquinas segadoras-agavilladoras permitió su incorporación por parte de las grandes y medianas explotaciones, aún cuando en las décadas finales del siglo XIX en Alemania todavía se empleaba la guadaña en al menos un tercio de las superficies cerealícolas de las grandes explotaciones situadas al este del Elba⁷.

Mucho mayor éxito tuvieron, sin embargo, los fenómenos de mecanización de algunas labores llevadas a cabo en las granjas de especialización ganadera de los países de la fachada atlántica de la Europa noroccidental. Las máquinas segadoras adaptadas a la recolección del heno se expandieron rápidamente durante la segunda mitad del siglo XIX en Estados Unidos, Nueva Zelanda y los países europeos que comenzaban a mostrar una acusada especialización en el suministro de productos cárnicos y lácteos, tales como Dinamarca, Países Bajos y en menor medida Alemania o Bélgica. Las máquinas de ordeño del ganado vacuno no se impusieron con tanta facilidad, aún cuando durante las primeras décadas del siglo XX ya comenzaban a emplearse en las explotaciones ganaderas de algunos países del norte de Europa.

7. GRIGG, D. (1992): *The Transformation of Agriculture in the West*, op.cit. .

El éxito de la explotación campesina y el afianzamiento de la especialización agro-ganadera

Otra de las grandes consecuencias experimentadas por la agricultura europeo-occidental tras la adopción de respuestas eficaces a la reestructuración de los mercados agrícolas internacionales operada en las décadas finales del siglo XIX fue, como ya hemos apuntado anteriormente aún cuando de forma somera, la especialización ganadera registrada en los países de agricultura intensiva más próspera. La creciente dificultad para la puesta en cultivo de nuevas tierras con las que afrontar orientaciones productivas alternativas que hiciesen frente de manera eficaz a la drástica reducción de las cotizaciones de mercado de los principales productos cerealícolas u hortofrutícolas, condicionó en algunos países de la fachada atlántica noroccidental una salida preferentemente vinculada a un tipo de explotación mixta, que combinaba el cultivo de plantas forrajeras y variedades de leguminosas que contribuían a la fijación sobre las tierras de cultivo de decisivos nutrientes minerales —como el nitrógeno—⁸, con la alimentación y cuidado de especies animales altamente productivas, y cuyos principales esquilmos comenzaban a formar parte de la dieta básica de amplios colectivos sociales. Las magníficas oportunidades de mercado y la alta rentabilidad de las explotaciones agro-ganaderas instaladas en numerosas comarcas agrícolas de Dinamarca, Noruega, Suecia, Países Bajos y las regiones septentrionales o del flanco occidental de Alemania, se convirtieron desde muy pronto en factores propiciatorios de un nuevo modelo de especialización agrícola altamente productivo. La utilización intensiva del ganado vacuno o porcino que se adaptaba con extraordinaria eficacia tanto a la pequeña propiedad campesina como a las explotaciones de tipo medio, se erigió en una sustancial ventaja que reforzó la competitividad de las unidades de producción agro-ganaderas. La familia campesina, con su capacidad de autoexplotación y su enorme disponibilidad para el incremento ocasional del tiempo de trabajo destinado a la realización de las labores requeridas por la granja, soportó adecuadamente las constricciones sobrevenidas con la llegada masiva de productos lácteos y cárnicos procedentes de ultramar, y transportados en condiciones favorables gracias al empleo creciente de barcos dotados de medios de refrigeración y conservación de mercancías perecederas. Asimismo, la pequeña explotación campesina incrementó su competitividad frente a las explotaciones capitalistas en manos de la burguesía agraria, pues estas últimas experimentaron un considerable incremento de los costes de

8. CHORLEY, G. P. H. (1981): «The Agricultural Revolution in Northern Europe, 1750-1880: Nitrogen, Legumes, and Crop Productivity», en *The Economic History Review*, 34, 1, pp. 71-93.

producción debido a la acusada tendencia al alza experimentada por los salarios pagados a los trabajadores agrícolas contratados⁹.

**Procedencia de los ingresos de sesenta familias campesinas del
condado de Södermanland, Suecia, 1904-1932.
(En porcentajes sobre el total de ingresos de cada grupo)**

Fuente de ingresos	Grupo I (≤ 3 has.)	Grupo II (3,1-6 has.)	Grupo III (6,1-9 has.)	Grupo IV (9,1-15 has.)
Leche y productos cárnicos	43,5	54,4	54,4	63,1
Crianza de cerdos	9,1	9,6	17,6	14,8
Cereales y patatas	8,4	4,1	5,0	9,2
Hortalizas y aves de corral	10,4	11,2	5,0	5,9
Pescado	0,5	0,9	1,8	0,2
Varios	1,3	2,8	5,8	2,7
Salarios y jornales	26,8	17,0	10,4	4,1
Total	100,0	100,0	100,0	100,0
Ingreso total anual (en coronas suecas)	777,0	1.285,0	2194,0	2.851,0

FUENTE: NISKANEN (1997).

Otra de las estrategias empleadas por un gran número de pequeñas explotaciones de la Europa noratlántica consistió en la pluriactividad ejercida por algunos miembros de la unidad familiar campesina, que recurrían a la esporádica y ocasional obtención de ingresos empleándose a tiempo parcial en las factorías o el comercio de las ciudades próximas. La relativa proximidad geográfica existente entre las unidades de producción campesinas y los principales núcleos urbanos en proceso de industrialización y modernización económica, permitió que estos últimos se convirtiesen en centros de atracción de una considerable cantidad de mano de obra agrícola procedente de las circundantes comarcas rurales. Asimismo, numerosas explotaciones campesinas de los países nórdicos recurrieron al policultivo y a la diversificación de sus producciones, a fin de atender de manera cada vez más efectiva y rentable a un mercado con una mayor capacidad adquisitiva que demandaba una amplia gama de productos variados y de alta calidad.

A los factores descritos, que sin lugar a dudas robustecieron la capacidad competitiva de las pequeñas explotaciones granjeras sustentadas por

9. VAN ZANDEN, J. L. (1991): «The first green revolution: the growth of production and productivity in European agriculture, 1870-1914», en *The Economic History Review*, 44, 1, pp. 215-239.

las unidades familiares campesinas frente a las medianas y grandes unidades de producción agro-ganadera, habría que añadir algunos otros. Entre ellos merece ser destacado el fenómeno de la creciente importación de alimentos compuestos artificiales para el ganado y de productos de elaboración industrial abastecidos por ramas de la producción fabril que comenzaban a desarrollarse. Las políticas aduaneras adoptadas por la mayor parte de los países europeos progresivamente especializados en el abastecimiento de productos cárnicos y lácteos destinados a un mercado de potenciales consumidores urbanos en proceso de constante expansión, posibilitaron la concreción de tratados comerciales que, de alguna manera, posibilitaron la importación, a precios remuneradores, de los alimentos artificiales requeridos por una cabaña ganadera en constante aumento. La generalización del uso de tales compuestos permitió la reducción de las superficies anteriormente destinadas al cultivo de plantas forrajeras o de productos susceptibles de ser empleados en la alimentación del ganado, facilitando la especialización orientada hacia la cría del ganado más rentable desde el punto de vista de la comercialización de sus esquilmos. Asimismo, la creciente disponibilidad de alimentos para el ganado de origen industrial importados por el sector agro-ganadero de países como Noruega, Suecia, Dinamarca, Países Bajos, Bélgica, Francia o Alemania, no sólo propició un notable incremento de la cabaña ganadera dispersa entre una verdadera multitud de pequeñas y medianas explotaciones campesinas, sino que asimismo facilitó el incremento de la cantidad global de fertilizantes naturales disponibles.

La especialización ganadera, orientada hacia la elaboración de productos lácteos y otros derivados cárnicos destinados a un consumo urbano, de un lado, junto con la mayor disponibilidad de fertilizantes orgánicos y estiércoles producidos por una cabaña en constante aumento, por otro, se conjugaron adecuadamente para permitir que la pequeña explotación campesina obtuviese visibles incrementos en la productividad de la tierra por unidad de superficie cultivada.

Esta relativa sobreabundancia de fertilizantes orgánicos hizo posible que, al menos en extensas comarcas agrícolas de los Países Bajos, la dependencia de las explotaciones campesinas con respecto a la obtención de desechos urbanos empleados en el estercolado de las tierras se redujese sensiblemente. Esto último permitió un ahorro considerable en los gastos necesarios para la puesta en marcha de las explotaciones¹⁰.

10. VAN ZANDEN, J. L. (1991): «The first green revolution», art. cit. .

**Aporte de fertilizantes a las tierras de cultivo.
Países Bajos, 1880-1929. (En miles de toneladas)**

Años	Estiércoles y fertilizantes de origen animal			Fertilizantes químicos		
	Nitrógeno	Fósforo	Potasio	Nitrógeno	Fósforo	Potasio
1880	195	55	239	-	-	-
1905	237	72	278	9	36	26
1910	255	78	297	16	45	33
1914	266	81	309	24	53	42
1929	287	90	326	62	106	100

FUENTE: KNIBBE (2000). Elaboración propia.

La configuración del modelo industrializador y de urbanización preponderante en las comarcas de especialización agro-ganadera contribuyó asimismo de manera poderosa a la consolidación de esta competitiva y eficaz forma de especialización agraria intensiva en trabajo, progresivamente dependiente de numerosos insumos de origen industrial a la vez que profunda e intensamente vinculada a los circuitos de comercialización de productos alimenticios. En numerosas regiones del flanco noroccidental europeo, y en algunas otras bañadas por el Mar del Norte, tuvo lugar un vasto fenómeno de urbanización, ligado a la rápida industrialización acontecida desde las décadas de los 60 y los 70 del siglo XIX. El mantenimiento de fuertes lazos comerciales entre las comarcas agrícolas de especialización agro-ganadera y los expansivos núcleos de poblamiento con una dedicación preferentemente industrial, hizo posible la acentuación constante de los intercambios comerciales entre unas y otras. Al mismo tiempo, a medida que progresaba el fenómeno industrializador de extensas regiones de Alemania y el norte de Europa se producía, casi paralelamente, una generalizada elevación de los salarios urbanos y agrícolas y una mejora integral de la renta del conjunto de la población. En medio de este contexto expansivo, amplios colectivos sociales integrados por las clases medias, los trabajadores industriales y los asalariados agrícolas mejoraron sustancialmente el aporte calórico de su dieta alimentaria básica. Incorporaron, pues, frutas, productos cárnicos y derivados lácteos a su alimentación cotidiana, con lo que incentivaron la demanda global de aquellos productos directamente proveídos por las granjas de especialización agro-ganadera.

En las fértiles comarcas agrícolas ubicadas en el flanco occidental de la cuenca mediterránea se produjo asimismo, desde las décadas finales del siglo XIX y durante el primer tercio del siglo XX, una importante transformación en sus orientaciones productivas y en la dedicación de sus superficies cultivadas. Al igual que ocurriera en las prósperas comarcas agrícolas de la

Europa occidental ubicadas en su fachada atlántica, las regiones septentrionales de Italia —Piamonte, Véneto, Emilia Romagna, y en general la llanura Padana— se beneficiaron de un vasto proceso de modernización agraria que conllevó un sustancial incremento de la productividad de la tierra y el trabajo agrícola. La intervención estatal, las barreras arancelarias establecidas sobre determinados productos, así como el rápido crecimiento del segmento de los medianos y grandes propietarios y arrendatarios que introdujeron sustanciosas modificaciones en las formas de cultivo y explotación de la tierra en un sentido plenamente capitalista y competitivo, se convirtieron en factores que, debidamente combinados, permitieron la progresiva integración entre agricultura e industria. El éxito de algunas orientaciones productivas tales como la remolacha azucarera, el maíz, el tomate o el arroz se articuló provechosamente con una avanzada especialización ganadera orientada hacia la elaboración de productos cárnicos y lácteos. Todos estos factores convirtieron pronto al sector primario de la Italia septentrional en un modelo de integración altamente productiva entre agricultura, industria y mercados capitalistas.

Igualmente importante fue el fenómeno de intensificación de la vocación exportadora registrado entre numerosas comarcas mediterráneas de Italia, España o Grecia, y orientado al abastecimiento de la población urbana de la Europa septentrional o a la satisfacción de las nuevas preferencias alimentarias sentidas por la población de importantes países transoceánicos —Estados Unidos o Canadá—, crecientemente predispuestos a absorber las variedades agrícolas abastecidas desde el sur de Europa. Las regiones más meridionales de Italia, así como las fértiles comarcas agrarias del levante español y de la práctica totalidad de Andalucía, se vieron enormemente favorecidas por la reducción de los fletes del transporte marítimo transoceánico, así como por la notable y acelerada expansión y apertura de los mercados europeo y norteamericano al consumo de cítricos, uvas, ciruelas, aceite de oliva o frutos secos. Puede afirmarse, pues, que la internacionalización de los mercados agrícolas y la creciente integración de los mercados nacionales, derivada de los procesos de unificación política, modernización social y constante urbanización, favorecieron la especialización de las comarcas agrícolas mediterráneo-occidentales en la obtención de aquellos productos en los que encontraban evidentes ventajas comparativas. El clima benigno, las suaves temperaturas predominantes y las peculiaridades del régimen anual de precipitaciones, convertían a tales comarcas en especialmente aptas para la producción de cítricos, aceites, vegetales, hortalizas, uvas y frutos secos. Esta especialización convirtió a las agriculturas meridionales de Italia y España en sectores de la producción económica altamente competitivos. Tales sectores no solamente permitieron el incremento constante de los índices de productividad de la tierra y el trabajo agrícola, sino que asimismo garantizaron el desencadenamiento, durante la mayor parte del primer tercio del siglo XX, de importantes transformaciones

en sus estructuras sociales rurales, entre las que cabe destacar el éxito de la pequeña propiedad campesina —el caso del cultivo del olivar en la Andalucía oriental resulta especialmente significativo—, conjugado debidamente con el mantenimiento de elevados porcentajes de mano de obra asalariada agrícola.

En suma, pues, puede afirmarse que las transformaciones registradas por el conjunto de las agriculturas de la Europa occidental en un periodo histórico decisivo, marcado por las transformaciones sociales, el crecimiento urbano, la integración creciente de los mercados nacionales e internacionales, la especialización productiva y el incremento incesante de los niveles de productividad y rentabilidad de las explotaciones agrarias, resultaron decisivas para la modelación de la población agrícola europea del primer tercio del siglo XX. Pese a correr un evidente riesgo de simplificación, podríamos establecer que la internacionalización de los mercados agrícolas y la especialización productiva impelida por las tensiones creadas por una creciente competitividad en el mercado mundial de productos alimenticios, configuraron un nuevo y abigarrado panorama en la agricultura europeo-occidental. Pese a su evidente complejidad, las agriculturas de la Europa atlántica, sometidas a unas especiales condiciones medioambientales de abundancia de precipitaciones y beneficiadas por una amplia disponibilidad de pastos naturales, configuraron un modelo de especialización agro-ganadera orientado hacia la producción de cultivos industriales, productos cárnicos y derivados lácteos. En estas extensas zonas agrícolas, el éxito de la pequeña y/o mediana explotación campesina resultó evidente.

Estructura de las explotaciones agrícolas en varios países de Europa occidental hacia 1930 (En porcentajes)

Países	0-10 has.		11-50 has.		> 50 has.	
	Número	Superficie	Número	Superficie	Número	Superficie
Suiza	80.0	50.0	19.5	43.0	0.5	7.0
Bélgica	81.0	45.0	18.0	46.0	1.0	9.0
Países Bajos	66.5	31.5	32.0	60.0	1.5	8.5
Francia	62.0	20.0	34.0	50.0	4.0	30.0
Alemania	62.0	22.0	33.0	46.0	5.0	32.0
Dinamarca	52.0	16.5	46.0	68.0	2.0	15.5

FUENTE: D. GRIGG (1992).

Frente a estas agriculturas, las limitaciones medioambientales de los regímenes climáticos mediterráneos condujeron hacia una diferenciada especialización productiva, generalmente inserta en el marco de una agricultura extensiva, centrada la obtención de cereales, verduras, productos hortofrutícolas, frutos secos, vino, aceite de oliva, huevos, aves de corral y un largo

etcétera. Ambos modelos, teniendo en cuenta las cambiantes oportunidades ofrecidas por el empleo de maquinaria o fertilizantes químicos, y tomando en consideración la mayor o menor intensidad con la que actuaron las limitaciones de carácter climático o medioambiental prevalecientes en cada uno de sus respectivos espacios geográficos, condujeron, a través de vías sumamente diferenciadas, hacia una exitosa integración del conjunto de la agricultura europeo-occidental en los circuitos del mercado internacional de productos agrícolas¹¹.

En definitiva, se configuró un modelo de desarrollo agrícola radicalmente diferenciado del que había prevalecido en etapas anteriores a la segunda oleada de industrialización, acontecida en Europa, como ya hemos indicado anteriormente, a lo largo de las décadas finales del siglo XIX y durante los años inmediatamente precedentes al estallido de la Gran Guerra. Este nuevo modelo agrícola se basaba, aún cuando todavía de una forma no demasiado generalizada, en el empleo intensivo de mano de obra, en la utilización creciente de insumos abastecidos por el sector industrial y en la fuerte dependencia de los mercados capitalistas. Tal modelo se instaló en muy buena medida sobre el mantenimiento, la reproducción e incluso la consolidación de un amplio estrato de granjeros y pequeños propietarios o arrendatarios agrícolas, que sustentaban la gestión de sus modestas unidades productivas en la especialización de cultivos, en el manejo eficiente de sencillos ingenios mecánicos proveídos por la industria y en el recurso básico a la cooperación de los componentes de la unidad familiar campesina.

La intensificación de las relaciones comerciales en el seno de la agricultura de la Europa Occidental y la pugna por la conquista de los mercados, no solamente operó en beneficio de una supuestamente mayor competitividad y eficacia productiva de las grandes explotaciones agrícolas. Asimismo, las respuestas alternativas ofrecidas por un amplio sector de la producción agroganadera a los crecientes estímulos provenientes de los mercados nacionales e internacionales, significaron el éxito relativo de la pequeña propiedad agraria. Ahora bien, la constante integración de las agriculturas europeo-occidentales en los mercados mundiales de primeras materias y alimentos aceleró los procesos de especialización productiva y mercantilización de la agricultura, al tiempo que determinó la fuerte dependencia de las estrategias inversoras y productivas del conjunto de los cultivadores —pequeños, medianos y grandes— respecto a las políticas agrarias y comerciales implementadas por los Estados y sus respectivos gobiernos. La sensibilización política y electoral

11. O'BRIEN, P. K. y PRADOS DE LA ESCOSURA, L. (1992): «Agricultural Productivity and European Industrialization, 1890-1980», en *The Economic History Review*, 45, 3, pp. 514-536.

de la población rural, pero muy especialmente de los pequeños productores campesinos crecientemente dependientes de la industria y los mercados, vendría a configurarse, en buena parte de Europa Occidental, en un fenómeno incontrovertible a tener presente a la hora de analizar la complejidad de las experiencias políticas vividas por los grandes Estados capitalistas desde la década de los setenta del siglo XIX hasta el inicio de la Segunda Guerra Mundial. De manera especial el campesinado que regentaba pequeñas o modestas explotaciones agrícolas crecientemente capitalizadas, con una decidida orientación mercantil y cada vez más intensamente vinculadas a los suministros proveídos por la industria, comenzó a experimentar la ineludible necesidad de presionar al Estado y sus instituciones representativas con el objetivo de hacer prevalecer sus nuevas e impostergables necesidades. Así pues, la politización del campesinado de Europa occidental y su ascendente sensibilización en torno a los grandes asuntos que centraron el debate político nacional en torno a la regulación de los mercados, la fijación de los precios de los productos agrícolas o la fijación de las políticas arancelarias, se convirtieron en factores de primera instancia en la resolución de las múltiples alianzas políticas e interclastas que se sucedieron en buena parte de Europa Occidental durante el largo periodo que discurrió entre 1870 y 1939.

Ya hemos visto cómo la mecanización de las principales labores agrícolas, prestadas en las explotaciones rústicas de la mayor parte de Europa Occidental, fue tan sólo un fenómeno con escasa profundización y arraigo en la etapa previa a la primera Guerra Mundial. Sin embargo, los primeros ingenios mecánicos empleados en la recolección, trillado y agavillado de los principales cereales, así como las primeras máquinas sembradoras, el perfeccionamiento del arado, o la industria vinculada a la primera transformación de determinados productos agrícolas o alimenticios —elaboración de harinas, azúcar o alcohol, fabricación de productos lácteos, obtención de compuestos artificiales empleados en la alimentación del ganado, etc.— intensificaron las relaciones existentes entre los sectores productivos agrícola e industrial. Si a todo ello añadimos la enorme cantidad de productos intermedios necesarios para la puesta en marcha de los procesos fabriles destinados a la elaboración de alimentos, o a la fabricación de utensilios y utillaje empleado en las explotaciones agrarias, obtendremos como resultado el poderoso efecto de multiplicación y diversificación industrial generado por la modernización experimentada por la agricultura europeo-occidental a lo largo de las décadas finales del siglo XIX y durante las iniciales del siglo XX.

Modernización agrícola, especialización agro-ganadera, intensificación de la vocación comercial de la producción agraria, estrechamiento de las relaciones mercantiles entre campo y ciudad, incremento de la cantidad global de insumos de origen industrial requeridos por una agricultura en constante expansión y perfeccionamiento, y consolidación de un amplio

estrato de campesinos y granjeros modestos profundamente vinculados a la elaboración de productos alimenticios comercializables, fueron factores decisivos que, a lo largo del periodo 1870-1939, estuvieron estrechamente asociados al proceso histórico de la progresiva incorporación del campesinado intermedio a las grandes disputas políticas nacionales de la mayor parte de los Estados europeos.